Querido Rey de la cabina:

Qué raro tu silencio y que otra vez te fueras.

(qué raro, qué esperable, qué tan tú, qué tan yo).

Es cierto que no quería atraparte,

y no es cierto que no esperaba nada.

Esperaba que quisieras,

que quisieras

y que quisieras.

No eres responsable de que deseara que te olvides

de tu maldita grúa jirafa

o lo que sea que ella represente,

más,

más grande que yo y mi cuaderno

y mi estúpido faltar a clases

y haber cocinado para ti.

Nunca me prometiste que eso iba a pasar,

sólo yo estaba segura,

sin habérmelo dicho, que una mañana despertarías quedándote

(como una mañana sigue a otra mañana y sigue a otra).

Y no despertaría yo tomada del pasamanos del autobús

y sintiendo, de pronto,

que te habías ido. Llegar a casa y encontrar tu nota.

¿Una nota? ¡porque así era más fácil?

Si era imposible, ¿cómo podía ser más fácil

de alguna manera?

Me senté en el rellano de la puerta con la hoja,

y bajó el vecino con sus perros; los regañó, para que

no me molesten (orgulloso de saber hacerlo). Bajó con

dificultad los escalones, ganándole cada paso al mundo,

y pensé en ti, en tu burgués, y epequeño, y tan sano,

tan satisfecho y tan urbano deseo de fracasar

para sentirte libre;

tan pequeñito y tan becado tu deseo de fracasar,

al lado del vacío de esta obligación de quererte

y de los trabajosos pasos de mi vecino, tomándose

del pasamanos de la escalera y tardando siglos

en llegar a la planta baja a pasear

a sus perros obedientes. Y te odié.

Paloma